



# Memoria de las Calles Perdidas

**Un Mundo Llamado Recoleta**  
Enrique Germán Liñero. Ediciones Unicornio,  
Santiago, 1998, 137 páginas.

por Roberto Merino

**P**ARA la mayoría de los adultos, el mundo de la infancia y de la primera juventud es una especie de fluido espectral que se nos revela parcialmente, siempre al borde del desvanecimiento. Una atmósfera hecha de sugerencias cuyo único lugar está en las invocaciones de la memoria. Es, por tanto, en la realidad, un mundo irrecuperable. El yo del adulto, por así decirlo, se reconstruye en la identidad de un niño ya borrado del mapa.

En Santiago, esta pérdida se ve potenciada por las transformaciones demasiado rápidas, demasiado radicales de la ciudad. En un abrir y cerrar de ojos la memoria se queda sin pistas ni referencias. Ya no podemos regresar a cierta plaza con acacias para escuchar en una íntima audición las voces de los que fueron nuestros amigos; por ahí pasa una avenida de cuatro pistas. Si volvemos a la casa paterna es muy probable que sus muros interiores hayan sido derribados, sus techos rebajados y en ella sobreviva un espurio garaje.

El barrio Recoleta de los años 40 y 50 es para Enrique Germán Liñero el lugar áurico de sus primeras experiencias, un sector de calles arboladas y de casas viejas donde los antiguos



vecinos convivían con los inmigrantes (españoles, árabes, yugoslavos, judíos) y que en las correrías del autor se extendía desde los faldeos del San Cristóbal hasta el Parque Forestal y las inmediaciones de La Vega.

Encontrar en un libro aproximadamente lo que se espera encontrar es un placer tan raro como el de resultar genuinamente sorprendido.

Las memorias de Liñero no buscan la sorpresa del lector: todo lo que ahí aparece corresponde de algún modo a lo que esperamos que nos ofrezca un barrio añoso: amores juveniles, episodios sensibles, fenómenos paranormales y personajes de segunda fila, en el límite del olvido. Esta es, por de pronto, una de sus mayores virtudes. Otra, vinculada a la fluidez de la prosa, consiste en no recargar los recuerdos con sonoridades innecesariamente nostálgicas.

Entre los personajes rememorados —seres reales, cotidianos, que acaso jamás supieron que habían entrado al universo de un escritor— hay uno particularmente enigmático: El Guarón, “en un tiempo el galán de las empleadas domésticas que llegaban del campo”. Asistía invariablemente a los velorios y participaba de la vida política del barrio en su más amplio concepto, haciéndose ver en los desfiles de falangistas, radicales, comunistas y conservadores. En las procesiones de la Recoleta Franciscana llevaba, por cierto, la voz cantante, tronando “¡Viva Cristo Rey!” para suscitar la contestación de la multitud. En el Teatro Princesa se presentaba en la puerta sin su entrada, sacando del bolsillo todo tipo de documentaciones hasta que el boleterero, cansado, lo dejaba pasar. Nunca se supo en qué se ganaba la vida. Si algún inoportuno le preguntaba sobre esto, contestaba elusivamente: “Las maderas, señor, las maderas”. Con el tiempo, El Guarón se fue deteriorando a instancias del alcohol. Una mañana lo encontraron muerto en un casaco del Parque Forestal.

MF 3700

El mundo 27-11-1999 P.3

## Memoria de las calles perdidas [artículo] Roberto Merino.

Libros y documentos

### AUTORÍA

Merino, Roberto

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Memoria de las calles perdidas [artículo] Roberto Merino. il.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile